

# Vértigo

---

Carlota FLUXÁ

Un toro se estaba echando una siesta en un prado cuando de repente escuchó un ruido. Levantó la vista y vio a un hombre cayendo del cielo. Pero entonces se abrió un gran paracaídas rojo y el hombre bajó flotando lentamente.

El toro trotó hacia él y se lo quedó mirando fijamente. -Hola-, dijo el hombre mientras doblaba cuidadosamente el paracaídas. -Hola -dijo el toro-, ¿Qué estás haciendo? -Ah, pues no mucho, la verdad. A veces me gusta tirarme en paracaídas-, contestó el hombre.

El toro miró hacia el cielo. -¿Te gusta la adrenalina? -le preguntó. -Sí, claro- contestó el hombre-, ¿nunca lo has probado? -¿Yo? -respondió el toro sorprendido ante la pregunta-, No, nunca. Tengo vértigo. -Bueno, pues tendrías que probarlo, es absolutamente maravilloso -dijo el hombre. -Podemos ir ahora mismo hasta el pueblo a comprarte un equipo y lo pruebas. ¿Te apetece?-

-Pues no sé -dijo el toro-, ¿no es peligroso? -¿Peligroso? -preguntó el hombre- No, para nada... A ver, un poco sí, pero mira, eso hace que sea más interesante, ¿no? -Puede ser, -dijo el toro- Visto así...

El toro se lo piensa un poco mientras el hombre acababa de meter el paracaídas en su bolsa. -De acuerdo -dijo- Lo haré. -Fantástico -dijo el hombre- estoy seguro de que te va a encantar. El hombre le dio una palmada al toro en el lomo y los dos emprendieron el camino hacia el pueblo.

Cuando ya estaban casi llegando al pueblo, el toro se detuvo súbitamente. -¿Y qué pasa con la gente? -preguntó. -¿Cómo que qué pasa? -respondió el hombre. -Bueno dijo el toro-, no es que me den miedo exactamente. Pero siempre que me ven se me quedan mirando fijamente. Me provoca mucha ansiedad. No sé lo que quieren de mí.

-Ya veo-, dijo el hombre-, pero no creo que quieran nada. Pero haremos lo siguiente. Y entonces sacó de su mochila una camiseta, un sombrero y unas gafas de aviador. -Ponte esto. Nadie te reconocerá-, dijo. El toro miró el disfraz que le ofreció para ir de incógnito. -Está bien- dijo, y se lo puso todo.

El hombre y el toro llegaron al pueblo por la calle principal y estaban a punto de llegar a la plaza del Ayuntamiento. El toro está muy, muy nervioso. -Hola, Guille- dijo uno de un grupo de gente que se les acercó- ¿cómo fue el salto hoy y quién es éste?

El hombre se giró y miró al toro. -Este es mi amigo, Pepe -dijo-, acaba de llegar de Madrid. -Hola Pepe, ¿nos conocemos de antes? -le preguntó uno de los hombres. -No creo- dijo el toro. -¿Vas a llevar a Pepe a la cena? -preguntó otro.

-Vaya- dijo el hombre, mirando al toro- se me había olvidado completamente. ¿Te importaría acompañarme esta noche a una cena? Es una especie de ceremonia de premios para homenajear mis saltos más recientes. -Claro- contestó el toro, un poco incómodo porque en realidad no le apetecía, pero no quería quedar mal. -Seguro que será divertido-.

Esa noche el hombre y el toro fueron a la cena. Era en el Palacio del Escorial. Había varias mesas grandes colocadas en uno de los majestuosos salones. Los asientos de honor estaban reservados para el hombre y su amigo Pepe.

El toro se lo estaba pasando en grande. La comida era excelente. Algunos pronunciaron discursos y ni siquiera eran de los aburridos. El hombre parecía ser muy respetado en el pueblo de San Lorenzo y el toro se había enamorado de una de las camareras.

Pero entonces, de repente, algo le llamó la atención: cabezas, cabezas de animales. Las paredes del salón estaban totalmente cubiertas con todo tipo de cabezas de animales: un jabalí, un ciervo, un oso y muchos toros. El miedo se apoderó del toro. -Son todos unos asesinos- susurró para sus adentros, mientras recorría la sala con la vista.

-¿Te pasa algo? -preguntó el hombre, intuyendo la tensión. El toro se giró hacia él y le miró con auténtico miedo en la cara. -Quieres matarme- dijo lo más flojo que pudo- me has traído aquí para matarme. -¿Qué? -preguntó el hombre- ¿Por qué haría eso? No te entiendo.

Pero el toro estaba demasiado aterrorizado como para poder explicarse. Echó la silla atrás. Con una pata señaló hacia la masacre que colgaba de las paredes.

El hombre lo vio y en seguida comprendió. -Dios- exclamó-, no había caído-. Se levantó de la mesa con la intención de abrazar al toro, pero su mano sin querer le agarró de la camiseta y esta se rompió en dos y cayó al suelo. Y entonces, para empeorar aún más las cosas, al toro se le cayeron el sombrero y las gafas.

Todo el mundo se volvió al mismo tiempo hacia él. -¡Mirad, un toro - gritaron al unísono-, a por él, a por él! -El toro se levantó de un salto y empezó a correr por el majestuoso salón, embistiendo a diestro y siniestro a todo aquel que se interpusiera en su camino. Salió por la puerta y corrió frenéticamente pasillo abajo. Los asistentes a la cena irrumpieron en la Sala de Armas y rompieron los cristales de los gabinetes donde guardaban todo tipo de fusiles históricos. -Hay que darse prisa -gritaron. -Es enorme, de los más grandes que he visto -dijeron algunos. -¿Alguien sabe cómo utilizar esto? -preguntaron otros.

El toro consiguió salir a la calle. Corría entre los coches que circulaban en ambas direcciones. Hubo muchos gritos y bocinazos. El toro nunca había pasado tanto miedo.

-Espera, espera, por favor -gritó una voz. El toro miró de dónde provenía. Era el hombre que lo estaba siguiendo. -Lo siento -dijo, no lo había pensado. Soy un idiota. Quiero ayudarte. Voy a sacarte de aquí -prometió.

-¿Debes estar bromeando? -preguntó enfadado el toro sin dejar de correr. -¿Por qué iba a confiar en ti? -pero entonces empezaron a oírse los disparos. Los hombres de la fiesta se estaban acercando. Las balas les pasaban rozando, cada vez más cerca. -Puedo llevarte al avión-dijo el hombre. -Es tu única oportunidad-.

El toro intentó pensar. Otra bala casi le alcanzó. -De acuerdo -gritó el toro-, súbete encima de mí. El hombre dio un salto y se colocó sobre la espalda del toro y juntos se adentraron por las calles del pueblo, llenas de turistas en esa

época del año. -Gira a la izquierda -le indicó el hombre. Y el toro giró. Así fue siguiendo las instrucciones del hombre hasta que en un momento delante tenían el pequeño aeródromo y detrás a los hombres de la cena con sus fusiles, que se estaban acercando más con cada segundo que pasaba.

-Allí está mi avión-, señaló el hombre. Los dos se metieron dentro a toda prisa. El hombre lo puso en marcha y el avión comenzó a rodar por la pista de despegue. Detrás, los hombres de la cena se colocaron en fila. -Disparad -ordenó el líder. -Disparad, ahora-.

Cientos de balas alcanzaron el avión, pero aun así consiguió despegar, dejando una aterradora estela de humo y fuego. -El avión se va a estrellar-gritó el hombre al toro-Tendremos que saltar-. Se dio la vuelta para buscar los paracaídas pero solo había uno.

-Cógelo tú -dijo el hombre, dándoselo al toro. Pero el toro se lo quedó mirando en silencio. -No, tú -dijo el toro- Yo ni siquiera sé cómo utilizarlo. Y probablemente no habría llegado tan lejos si no hubiese sido por ti-.

El hombre se paró a pensar un momento. -Saltaremos juntos-dijo- Puede que funcione, puede que no.

Con movimientos precisos que denotaban su experiencia, el hombre se colocó el paracaídas y ató al toro con unas tiras adicionales. Cuando ambos estuvieron bien sujetos, empujó el toro hacia la puerta del avión. -A la de tres- dijo el hombre. Y el toro saltó.

El hombre y el toro se precipitaron en caída libre. -¿Eso es el bosque allí abajo? -preguntó el toro-. -Sí- contestó el hombre -¿Verdad que es precioso?-. El toro reconoció que sí lo era. -Ahora entiendo por qué te gusta tanto hacer esto-dijo.

Para entonces, estaban cada vez más cerca del suelo. -Muy bien -dijo el hombre -Este es el momento de la verdad-. Ambos tiraron firmemente de la cuerda. -Espero que podamos ser amigos -dijo el toro.